



En Madrid opera desde el pasado 15 de mayo el Servicio de Asistencia Religiosa Católica Urgente (SARCU). Vista aérea de la ciudad.

SARCU

Donde la Eucaristía se hace amor eterno entre la noche y el dolor

Un corazón agrietado y herido es, para Dios, un hogar sagrado, un terreno habitado donde Él —tan excelso y omnipotente— se descalza para hacerse pequeño y pobre, hasta quedarse con la grandeza en ruinas. Por amor a quien sufre. ¡Solo por amor! Así nació, el 15 de mayo de 2017, el Servicio de Asistencia Religiosa Católica de Urgencia (SARCU). Fue en Madrid y su misión se escribe con miradas, latidos y silencios: quien lo necesite —católico o no— puede ser asistido por un sacerdote en situaciones urgentes desde las 22:00 hasta las 07:00 horas.

Aún es temprano en algún rincón de Madrid y, sin embargo, hace tres horas que ya amaneció el palpitar del sol. La nostalgia acrisola, con su pasión, las paredes de la ciudad. Es viernes, y apenas quedan sombras

donde descansar el dolor de María. Está muy enferma y sus 90 años ya pesan demasiado. José Luis, que anoche sostuvo su agonía y acompañó el respirar descosido y lento de la doliente, ha dormido poco. Su cuerpo, aún,

guarda signos de flaqueza y restos de hospital. Está cansado, pero sabe que del beso que le dio en la frente —de parte de Dios— tras la Unción de los Enfermos, brota un palpitar profundo, misterioso y pacificador en el hondón de la persona. El mirar sacerdotal de José Luis siempre apunta a los ojos y sus manos se hacen Evangelio en la piel de Jesús de Nazaret.

El aceite del consuelo y el vino de la esperanza

Hablamos de la debilidad en medio de las peleas espirituales e, inmediatamente, me confiesa que la gracia es la

fuerza operante y real de Dios en la desgracia: «Es el paso entrañable de Dios por la vida de una persona cuando aguarda para el abrazo definitivo en la otra orilla». Y poderlo anticipar desde esta, será una gracia impresionante... «Así es», reconoce, mientras sosiega con su fe el padecer de su fatiga; «y ser el aceite del consuelo y el vino de la esperanza no lo cambio por nada».

José Luis Segovia se consagró a Dios hace 30 años y, desde entonces, ha dedicado cada uno de sus pasos a andar por la vereda de Quien le amó primero. Y por eso se fía ciegamente de quien, de la misma manera, pone su confianza en su labor. Hoy le sirve a Dios como vicario de Pastoral Social e Innovación en la archidiócesis de Madrid, pero nuestro encuentro no responde a esa labor, sino a una misión que encuentra su sentido en la intemperie de la noche...

Ser manos y rostro de la ternura de Dios

Allí donde el ser humano está sosteniendo su dolor, con el alma supurando las angustias de un fatigoso calvario, ese es el lugar privilegiado para encontrar a Dios, para advertir su mano silente y para escuchar su cuidadosa voz. Y es, en ese inhóspito vacío donde las fuerzas se apagan, donde anida a gritos el rostro del Señor. Lo saben las personas que, a diario, rasgan sus nudillos contra la enfermedad en cientos de batallas; indefensas ante la debilidad, pero convencidas de que Dios está de su parte. Y son muchos los que acompañan, desvelo a desvelo, cada verbo de esta promesa del vivir.

Esa bienaventuranza define el ser del Servicio de Asistencia Religiosa Católica de Urgencia (SARCU): una presencia de la Iglesia y de la comunidad de discípulos del Señor allá donde, incluso a horas más o menos intempestivas, se requiere ser manos y rostro de la ternura,



José Luis Segovia, vicario de Pastoral Social e Innovación de la archidiócesis de Madrid.



Pablo Genovés, sacerdote y coordinador del SARCU.

la cercanía y el aliento de Dios. «Expresa la mano larga del buen Dios, el diligente centinela que no duerme ni descansa», susurra Segovia, en un respirar de oración confiado y anhelado. Y, en todo momento, habla de ese Dios atento a las necesidades de sus hijos, que se hace pórtico en la soledad inhóspita de la noche de la gran ciudad: «Si alguien necesita a la Iglesia, no importa la hora que sea, acudirá diligentemente». Esto, añade, «garantiza el auxilio religioso, de manera cuidadosa y cariñosa, en momentos difíciles y a cualquier hora de la madrugada». En el fondo, «es lo que hacen muchos y buenos párrocos, sobre todo en el ámbito rural».

La buena noticia para los pobres

Un óleo forjado con cada una de las espinas del Cristo de la Resurrección, donde no es solamente importante el número de llamadas, sino el abrazo, el silencio, la presencia o el sacramento que nace en cada uno de esos encuentros. Y, además de José Luis, también lo sabe Pablo Genovés, quien se une a



Logotipo del SARCU.

nuestra canción para derramar un halo de luz a este eco insomne. Su acorde llega a golpe de moto y carretera. Sonriente, desenfadado de etiquetas y dispuesto a dejarse la vida por quien abra los ojos de su alma.

Más aún, por aquellos que se encuentren al borde de la cuneta...

«El SARCU solo tiene sentido en la medida en que seamos capaces de responder a cada llamada con el mismo espíritu (y Espíritu) de Jesús», interpela el recién llegado, después del saludo amigo. Y, especialmente, «ser capaces de mirar al dolor humano del mismo modo que lo miraba y mira el Señor». Anoto cada una de estas palabras que me cuenta Pablo Genovés, quien se esconde detrás de este credo, fraguado en 33 sacerdotales años. Pablo pertenece a esa clase de personas que es lo que hace, no lo que dice que va a hacer. Lo escriben sus manos cuidadas, aunque algunas noches yacen tan doloridas que, al alba, les cuesta volver a alzar el vuelo. Sin embargo, siempre vuelven a volar. Es el coordinador del SARCU, esta iniciativa que germina en la carne partida y la sangre derramada de quien llama y se revela como el Cuerpo y la

Sangre de Cristo. Genovés insiste en que no es solo un sistema organizado de presencia presbiteral: «Es, quiere ser, encarnación del Espíritu que unge a Jesús —y a nosotros en Él— para ser noticia buena para los pobres en el cuerpo o en el alma o en ese momento concreto».

Ni una noche sin llamadas

Los dos han bordado y cosido ya demasiados trajes a medio vestir. «A pesar de la dureza de las situaciones —muchas veces preparar el tránsito de personas mayores o no tanto—, es una fuente de gracia y una gran satisfacción», destaca Segovia. El enriquecimiento ministerial, en el caso de los sacerdotes que participáis del SARCU, debe descansar con mucha paz, inquiero. «Sin lugar a dudas, supone un grandísimo enriquecimiento ministerial», responde el primero, «ya que son noches intensas, de experiencias profundas, en las que se palpa la importancia que tiene cultivar la experiencia de Dios y hacerla patente en los sacramentos, en el abrazo, en el acompañamiento silencioso pero elocuente, en la oración compartida...». Pablo le mira y asiente, para expresar ambos, a una sola voz, que «uno se siente muy feliz de ser cura».

Les pregunto por el balance que hacen, desde el 15 de mayo que lo pusieron en marcha hasta el día de hoy, y Pablo toma la palabra para confesar que la cuestión, en sí, es complicada: «Y es que, desde el principio, como Iglesia tuvimos claro que el SARCU «triunfab» (entiéndanse las comillas) por el mero hecho de existir». Entonces, de entrada, el recuento es positivo, le apunto. «Sí, desde el momento en que está ahí y se ofrece gratuitamente como el Evangelio que nos mueve y que gratis hemos recibido». Evidencia que su éxito no depende de tener más o menos llamadas o salidas, porque el éxito —como siempre en el Evangelio de Jesús— es el ser y el darse. Aunque la mayoría de las noches ha habido llamadas, expongo a Genovés, que

apenas deja sitio a los silencios rotos... «Sí, llamadas que han requerido la presencia física del cura para acompañar los últimos momentos de una vida, o para atender alguna situación difícil y violenta».

«La fe no es un parachoques al dolor»

«¿La vida duele?», indago enseguida, sin despejar mi mirada de las suyas. «Duele cuando se toma en serio», contesta Pablo, «cuando se vive tal y como Dios entiende qué es vivir, la vida es plenitud, pero plenitud que aún tiene que nacer para el Reino». José Luis, además, añade que «la fe no es un parachoques frente al dolor». Por tanto, entiendo que no debe «vacunarnos» para ahorrarnos sufrir por el dolor del otro... «Jesús sollozó visiblemente» y «los creyentes no sufrimos menos, no estamos anestesiados frente al sufrimiento ajeno o propio». Sin embargo, en ese renacer para asumir



El teléfono es el gran aliado del SARCU.

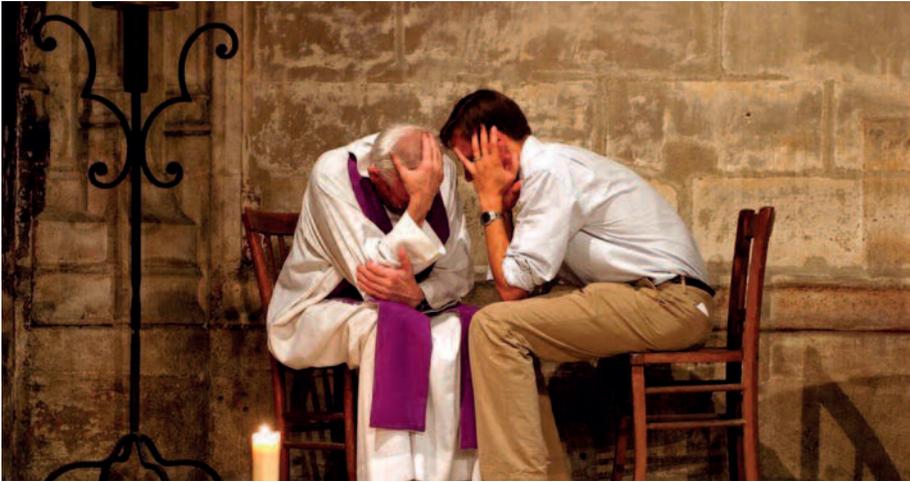
el dolor propio y ajeno, descubrimos que la fe sí permite taladrar el sinsentido y barruntar que el inexplicable puzle que es la vida, en ocasiones, cobra un nuevo significado desde un Dios que unifica lo diverso, integra lo inexplicable, da sentido a lo aparentemente caótico y, sobre todo, asegura que la última palabra sobre la existencia humana no la tiene la enfermedad, el fracaso o la muerte.

«La resurrección de los muertos», esclarece Segovia, «no es una adormidera, sino la garantía de la victoria de un Dios amigo de la vida, que no permite que el último renglón lo firme la muerte». Pero nada de eso nos evita padecer el dolor. Es más, todo lo contrario, ¿no? «Porque queremos vivir, y hacerlo en plenitud, no renunciamos a llorar ni a dolernos por el sufrimiento ajeno o a indignarnos por lo que tiene de injusto o evitable».

Hasta hacerse plegaria eucarística

Cuando a un ser humano le inunda el dolor, es ese dolor el que manda. Pablo se hace plegaria eucarística a la lumbre de ese amor que le habita tan adentro: «Quizá ese dolor no esté en la lista de lo que yo veo urgente. Pero el hecho es que ahí, al otro lado, hay un hombre o una mujer sufriendo. Y, por pura gracia, yo puedo ser, en ese momento, el aceite del consuelo que ese hermano necesita». Menudo compromiso para un cura, susurro en voz alta. «Yo siempre he entendido mi *ser cura* como un encargo de la Iglesia para que reúna a los muy distintos estados de vida y carismas que el Espíritu suscita y reúne en cada comunidad, que tiene como centro al que se pone en medio de nosotros dándonos la paz, al mismo tiempo que nos muestra sus llagas».

Desde esa forma de entender y vivir su sacerdocio ministerial al servicio del sacerdocio de todo el Pueblo de Dios, responde que haya noches en que deje todo preparado para una posible salida



Un sacerdote y un penitente en confesión.

y ponga al máximo el timbre de su teléfono para que no se le escape una llamada... «Es una nueva forma de presidir la mesa de la vida y de la eucaristía», reconoce.

«Ser cura en la eucaristía de la noche»

Y, de ahí, concibo que la noche del SARCU es más que sagrada. «Esa noche me toca presidir una mesa cuya puerta queda abierta a los cansados y agobiados», confirma Genovés, una mesa «en la que, presente toda la comunidad en espíritu, se sentará a ella alguien que necesita la Palabra que es y da Vida, el Pan que es Cuerpo entregado para que la vida sea abundante y no tenga fin». Para mí, revela abandonado al Cristo que teje su ministerio, «el SARCU es ser cura en la eucaristía de la noche y el dolor, en la carne partida y la sangre derramada de quien llama y que se me revela como el Cuerpo y la Sangre de Cristo que yo le daré sacramental o espiritualmente».

Y, en la intemperie, el abrazo del Crucificado

En los momentos de desesperación, la mirada se convierte en el gesto más

estremecedor del amor incondicional de Dios. Es el silencio y el abrazo del Crucificado a los crucificados. Pablo enumera instantes de acompañamiento donde, de repente, se llega a un momento donde ya no hay palabras que decir, donde ya no valen los consejos, donde lo que digas queda en el vacío. «En esos momentos, solo cabe decir —no con palabras, sino con la vida— estoy aquí; estoy aquí y no sé detener tu dolor, y no puedo calmar tu llanto, y no hay forma de arreglar tu situación. Pero estoy aquí. A tu lado».

¿De qué manera?, le cuestiono. «En el silencio de una mano en el hombro, de un mirarte a los ojos y hacer que mis manos en tu hombro o en tu rostro



Bienvenido Nieto, policía y director del SARCU, en el Senado.

sean, una vez más en la historia, la apuesta hasta la muerte de todo un Dios por ti, que confía al Abba su espíritu cuando ya no caben otras palabras. Yo, el cura, no sé qué decir o hacer». ¿Y entonces?, vuelvo a indagar. «Hay algo que sí sé: ser brazos abiertos del Crucificado a ti, que estás en la cruz de este momento».

Una Iglesia que vela junto al que sufre

Quien también domina ese parpadeo de lágrimas traspasadas es **Bienvenido Nieto**, director del SARCU, delegado de Pastoral del Tráfico, diácono permanente y policía. Todo, a la vez. Sin apenas descanso. «Desde la primera hasta última hora del día, Dios es el centro, y lo encuentro en la oración y en el servicio», asegura, ataviado con una generosidad que no conoce de excusas ni de pretextos para ser fiel. Y aunque parece complicado compaginar todas estas labores, «trabajar para Él, no es cansado ni fatigado». Hablamos de Dios y del asfalto en los bolsillos, de



Bienvenido Nieto, bautizando en una parroquia de Somosaguas, donde sirve como diácono.



El Buen Samaritano.
Mosaico del jesuita Ivan Rupnik.



Jesús sana a los enfermos.
Mosaico, también, de Rupnik.

los puertos desiertos de agua y de los sueños rotos, y terminamos completando todas nuestras frases con el nombre de Jesús. «La misión del SARCU es completar la gran misión de la Iglesia: evangelizar». Hacerlo «acompañando, desde la fe y desde la cercanía, mostrando el rostro del buen Dios en momentos duros y de desesperanza», lo que «provoca una sensación de calma para hacer frente a la sed de Dios que tiene la sociedad». Así, palabra a palabra, reproduce la frase que pronunció **Ignacio Fernández de Torres**, consiliario de Hermandades del Trabajo y de Justicia y Paz de Madrid, y primer sacerdote que prestó servicio el 15 de mayo: «Cuando el dolor del ser humano no descansa, la Iglesia tiene que velar».

Entiendo que ser policía y, asimismo, diácono, no debe resultar nada fácil. Y se lo hago saber... «En mi profesión he tenido que vivir situaciones trágicas y escenas dramáticas, acompañar a familiares y amigos en accidentes de tráfico que sufren el desgarrador dolor de perder a un ser querido...», manifiesta, «y te das cuenta que la ayuda que nosotros podemos prestar es insuficiente». Por ello, continúa, «para un policía, ser diácono es una gracia

que te sirve también en estas situaciones para acompañarles de una forma espiritual —que, por cierto, rara vez es rechazada—. Y «no es complicado, es una auténtica bendición».

Entre cenagales y restos de cenizas

Si Dios ha elegido ser Dios despojándose de su rango y eligiendo ser el Crucificado, ¿cómo podría la Iglesia seguir otro camino? Esa toma de postura de Dios en Jesús es la buena noticia que la Iglesia lleva en vasijas de barro, como hace con el SARCU. Y esta Iglesia no puede entenderse sin los necesitados, porque no puede entenderse al Dios de Jesús sin los pobres y sin hacerse Él mismo uno de ellos. E intentando sobrevivir, entre cenagales y restos de cenizas, el sufrimiento: «Es la experiencia humana más universal», como hace resonar José Luis en lo más recóndito de su entraña. Y ahí anida Dios, «encarnado en nuestro pellejo y rabiosamente solidario con nuestras cuitas». ¡Y hasta muere, como nosotros!, pienso en mis adentros. Se govia lo esculpe con menos miedo y

más denuedo que yo... «El Dios que se revela en Jesucristo tiene muchísimo que decir sobre el mal y el dolor; entre otras razones, porque fue víctima de los dos».

¿Es, por tanto, la cruz el camino?, pregunto a Pablo, que anda pensativo mientras apura el último trago del café. «No la cruz como mortificaciones y penitencias, sino la Cruz de Jesús, la del dar la vida gratis y sin medida, a cada momento y en el momento final». Y ceñido a esa Cruz de ir perdiendo la vida porque se regala a los otros, como se reparte un pan o como se va vaciando una copa de mano en mano, voy escribiendo los últimos latidos de este servicio de humanidad sacerdotal.

Cuerpo a cuerpo con Dios

Un servicio para todos, «sean majos o no, amables o antipáticos, capaces de reconocer a Jesús en cuyo nombre se les acompaña o no», apunta Pablo, mientras mira atento a un rincón de la calle, como si alguna sombra entre cartones estuviese pronunciando su nombre. «Quienes nos llaman, están perdiendo la vida. Punto. Y porque la están perdiendo, el Padre les pone los primeros de la lista de su amor y envía sus criados por los caminos para que les traigan al banquete de bodas». Y, además, por encima de cualquier circunstancia... «Por supuesto. Más allá de cómo quiera responder cada uno de ellos, de su carácter y de la persecución que puedan lanzar quienes pisan con la bota manchada de sangre a quienes se pongan —como el Señor— a favor de quienes son pisados».

Cuerpo a cuerpo con Dios, hasta ver curadas las heridas: las del Evangelio, las que cicatrizan tantas manos ungidas en la Sangre de Cristo. Y son, cada una de esas llagas sacerdotales, hechas heridas del Señor, las que curan a cada uno de los hermanos que llaman a la puerta de su corazón. ■

Carlos González García